

Capítulo I – El inicio

Es una bonita tarde del 15 de junio del 2101 en Riverside Park. Siete amigos están sentados sobre el césped, riendo y recordando algunas de las anécdotas que han vivido juntos durante todos los años que se conocen.

- ¿Recordáis cuando el profesor de Química, el año pasado, se durmió durante el examen y no paraba de repetir que no hiciéramos tonterías porque nos estaba mirando? – dijo Peter Jones mientras reía.

Peter era el mayor de todo el grupo, aunque solo por unos pocos meses. Tenía 18 años, era alto, de ojos grises y con una mirada fría y penetrante. Vivía con sus padres de acogida, May y John, personas muy estrictas; Peter pensaba que demasiado. Aunque tenían una relación cordial y no había problemas en su convivencia, nunca hubo amor entre ellos. Era una situación que convenía a ambas partes. El Gobierno asignaba una buena cantidad de dinero a las familias que acogían a un niño huérfano, así que Peter se beneficiaba de vivir en un buen barrio, en una casa cómoda y de que nunca le faltara nada.

Nuestro amigo había quedado huérfano al poco tiempo de cumplir 13 años. Él, junto a su hermano pequeño y sus padres, volvían de pasar unos días de vacaciones en Saratoga Springs cuando un camión que circulaba en sentido contrario perdió el control y los embistió. Solo Peter consiguió salvar la vida. Después de aquel fatídico día, todo cambió en su vida. Estuvo en algunos orfanatos hasta que le asignaron una casa de acogida.

Su carácter cambió por completo. Aunque con sus amigos seguía comportándose casi como siempre, se había vuelto más reservado, algo melancólico y mucho más frío.

Peter quería estudiar física, algo que siempre lo había apasionado, especialmente las historias sobre viajes en el tiempo. Era un gran seguidor de las películas y libros de ciencia ficción y terror. Sus amigos siempre le hacían bromas sobre sus conocimientos de zombis y guerras apocalípticas.

- Sí, lo recuerdo, fue muy divertido. Debo reconocer que yo tuve una buena puntuación en el examen a pesar de no haber estudiado mucho. – respondió Alexandra (Alex) Walker.

Alex era una chica de 18 años recién cumplidos, alta, con pelo negro y ojos marrones. Ella era la mejor amiga de Peter. Sin embargo, todo el grupo sabía que él estaba enamorado, aunque nunca lo habían admitido. Alex vivía en un bonito piso con sus padres y dos hermanos menores; podríamos decir que era una familia feliz. Quería estudiar periodismo, aunque le entusiasmaba la idea de trabajar como periodista política, ella presentía que ser corresponsal de guerra sería una experiencia inigualable, pero sentía algo de miedo por el peligro que esto suponía.

- Yo recuerdo las vacaciones que pasamos en el campamento de verano Kostopoulos, en Salt Lake City. Llovió durante las tres semanas que estuvimos y no pudimos salir a visitar casi ningún lugar. Todo el año esperando para ir y resultó ser realmente muy aburrido. – dijo Ava Green.
- Sí, me has hecho recordar aquel mes, aunque se me había olvidado por completo. Supongo que mi mente lo guardó en algún lugar muy profundo para olvidarlo. Lo único divertido de aquellas semanas fue el instructor que no dejaba de repetir que en ese campamento habían sucedido una serie de crímenes horribles. – respondió Anna Wilson, sonriendo.
- Yo busqué la información de los “terribles” crímenes y nunca descubrí nada sobre ello; claro que tampoco pensaba encontrarlo – dijo Steve Taylor.

Steve Taylor y Ava Green eran novios desde pequeños. Todos pensaban que lo eran desde que nacieron porque solo tenían una semana de diferencia de edad y habían estado juntos en la sala de recién nacidos del hospital, además de ser vecinos. Steve era un chico alegre y despreocupado. Pensaba que las cosas pasaban en la vida cuando debían ocurrir, y eso hacía que fuera alguien tranquilo en su día a día. Era de mediana estatura, pelo negro y ojos verdes. Tenía un hermanastro que era cinco años mayor que él, pero vivía en California.

Ava, por el contrario, era una chica que siempre pensaba dos veces antes de actuar; no le gustaba tomar decisiones de manera intuitiva. Era el contrapeso de Steve, y este era uno de los motivos que los

mantenía siempre unidos. Ava destacaba por su pelo totalmente blanco, años atrás pensó que decolorárselo era una gran idea, y sus ojos negros, profundos y misteriosos, hacían que su semblante reflejara más seriedad de lo normal para una chica de su edad. Ava no tenía hermanos. Ella y Steve iban a estudiar derecho; querían ser abogados. La novia anhelaba ser fiscal y el novio ser abogado defensor de tipos importantes. ¡Estos sueños cuadraban perfectamente en sus personalidades!

- ¿Qué ocurre, Chris? Tú y Anna no dejáis el teléfono móvil desde hace más de una hora. ¿Os estáis escribiendo mensajes “interesantes”? – dijo Steve en tono de burla.
- No, no. Chris debe estar escribiendo a alguna de sus amigas virtuales. Yo solo estoy repasando mis redes sociales para saber si alguien ha publicado algo interesante, pero hoy están aburridas, no hay nada importante – respondió Anna.
- ¿Estás celosa, Anna? Siempre he sabido que estabas interesada en mí – dijo Chris, riendo - Solo estoy ordenando mis contactos. Tengo tantos con el mismo nombre ¡que ya no sé quiénes son!

¿Cómo describir a Chris? Era el más alegre y bromista de todo el grupo. Siempre navegando en las redes sociales, haciendo amigos, y sobre todo amigas. Era alto, con el pelo entre rubio y pelirrojo, y ojos azules. Su rasgo más característico era la sonrisa perenne en sus labios. No tenía las ideas claras sobre qué hacer el siguiente año, si estudiar arte dramático o tomarse los siguientes doce meses de descanso y viajar por Europa. Pertenecía a una familia muy bien acomodada, ya que su madre era dueña de una empresa de pintura de mucho éxito, así que él podía permitirse el lujo de tomarse un año sabático recorriendo distintos países.

En el lado opuesto estaba Anna. Su padre trabajaba en una fábrica de New Jersey y su madre como profesora ocasional. Estos sueldos estaban apoyados por una pequeña herencia que sus abuelos les habían dejado. Solo eso les permitía seguir viviendo en el Upper West Side. Anna tenía los ojos y el pelo negro. No solía hablar demasiado de su vida en casa. Ella no creía poder ir a la Universidad, ya que económicamente no podían permitírselo. Estaba intentando conseguir una beca del Gobierno para estudiar arquitectura. Una de sus mayores habilidades era la de dibujar con total exactitud cualquier cosa que se imaginara, especialmente edificios, casas y puentes.

La última integrante del grupo de amigos era Victoria, hermana de Anna. Mirar a Victoria era como mirar a Anna, dos gotas de agua. Vicky era dos años mayor y había tenido mejor suerte respecto a sus estudios en la Universidad. Tres años atrás, había conseguido ganar el primer premio de un concurso de literatura en la High School, lo que la había llevado a conseguir una beca en la Universidad de Rhode Island. Sus padres estaban orgullosos de ella, así que tenía algunos privilegios extra respecto a su hermana: mejores teléfonos móviles o entradas de teatro para ver las obras literarias de Broadway más destacadas. Lo que sus padres no sabían era que Vicky compartía todo con su hermana. La relación entre ellas era de puro amor, y Anna era la que estaba más orgullosa de la futura universitaria.

- Cambiando de tema, ¿habéis escuchado las últimas noticias sobre la cuarentena que ha habido en Puerto Rico? Al parecer, algo ocurrió en los laboratorios Morbiron y uno de sus trabajadores, que se contagió de un virus, consiguió saltarse los controles de seguridad – dijo Steve.
- No lo sabía. ¿Cuándo pasó? – respondió Peter.
- Creo que fue el mes pasado, aunque no ha saltado a la prensa hasta hace un par de días. Ocurrió en el barrio de Miramar, y han estado cercados durante más de un mes; los rumores dicen que todavía lo están. El ejército rodeó el barrio y desplegó alambradas vigiladas por soldados para que nadie entrara o saliera. Lo que no han dicho es qué tipo de virus ha sido. Lo leí, pero no le di mucha importancia, ya sabéis que la mitad de esas noticias no suelen ser verdad – dijo Chris.
- Qué miedo da escuchar este tipo de sucesos. El año pasado ocurrió lo mismo en Arizona, creo que fue en Yuma. La ciudad estuvo aislada más de tres meses. Según dijeron, solo fue por precaución, pero quién sabe qué ocurrió de verdad – dijo Alex.
- Yo también leí esa noticia. Busqué en la red y había mucha información que desmentía los comunicados oficiales. Al parecer, la ciudad fue sobrevolada por drones inteligentes que detectaban a las personas infectadas por un extraño virus y las rociaban con un gas que era la vacuna – dijo Chris.
- No creo que eso sea verdad. No deberíamos hacer caso a todos los reportajes que leemos en la red; la mayoría son mentiras – dijo Ava.
- Sinceramente, no sé qué creer sobre todas las cosas que leo en Internet. Supongo que algunas serán ciertas y otras no, pero

tampoco creo la gran mayoría de noticias que nos dicen en la televisión. Éstas suelen ser controladas por el Gobierno – dijo Peter.

- Estoy de acuerdo – dijo Alex. – El pasado viernes informaron en la televisión sobre el gran avance en la lucha contra el cáncer que se había logrado en los dos últimos años. Mencionaron a la farmacéutica Queens como gran protagonista. ¡Y resulta que ahora se sabe que uno de los próximos candidatos a la presidencia es hermano del dueño de esa compañía!

Todos rieron ante el comentario. La reunión era una mezcla de diversión y reflexión, con las noticias sobre lo que estaba pasando alrededor del mundo como telón de fondo de sus conversaciones.

- Quién sabe si al final Peter terminará viviendo una situación similar a la de sus películas – dijo Vicky, y todos rieron.
- Si ocurre, yo estaré preparado. Después de tantos años viendo esas películas, creo que a mí no me atraparán en un apocalipsis zombi – respondió Peter, riendo también.

En ese momento, la temperatura empezó a descender bruscamente. Era algo inusual; estaban en pleno verano, con temperaturas que pasaban los 30°C. Todos se miraron extrañados ante esa extraña sensación.

- ¿Sentís el frío? Qué raro, creo que la temperatura ha bajado 20°C en un minuto – dijo Alex, levantándose.
- En la previsión del clima no dice nada sobre esto. Incluso el pronóstico es que suban las temperaturas – dijo Steve, abrazando a Ava.

De repente, un denso cúmulo de nubes oscuras aparecieron y cubrieron el cielo completamente, seguido por un relámpago que iluminó el parque por un instante.

- Vicky, llama a mamá para saber si ya ha vuelto a casa; creo que hoy no trabajaba – dijo Anna.

Vicky intentó llamar a su madre, pero el teléfono móvil no conseguía conectar con la línea; tenía señal, pero la llamada no se podía finalizar.

— No puedo, no funciona. Prueba tú, Anna.

El resultado del intento fue el mismo.

— ¿Alguien tiene línea en su teléfono? – preguntó Ava.

Todos estaban intentando llamar, pero los teléfonos móviles no funcionaban, al menos para telefonar. Tenían datos y, por lo tanto, podían conectar a Internet, pero no podían llamar, ni siquiera utilizando los datos. Intentaron con las aplicaciones habituales, pero ninguna estaba operativa.

Un nuevo relámpago, seguido por un estruendoso trueno, resonó en el cielo, dando lugar a la descarga de una lluvia en forma de granizo.

— Vamos a resguardarnos en el quiosco de música – dijo Peter, echando a correr hacia él.

El lugar estaba a unos 50 metros. Todos corrieron hacia ahí, esquivando el granizo que caía con fuerza, cada impacto contra su piel era como clavarse una aguja helada.

Cuando llegaron al quiosco, eran los únicos allí, pero podían ver a la gente que estaba en el parque correr hacia las entradas de metro cercanas. En ese momento, todos los teléfonos móviles sonaron a la vez. Se escuchó un solo sonido, pero el mensaje llegó a los siete teléfonos simultáneamente. Era un aviso del servicio de alertas del Gobierno. Normalmente, se recibían este tipo de comunicaciones procedentes del servicio de meteorología, alertando sobre fenómenos invernales, pero esta vez el mensaje no venía de ese departamento. Solo estaba referenciado el Gobierno como remitente. El aviso de texto decía:

“Alerta Nacional: Queridos ciudadanos, regresen inmediatamente a sus casas y no las abandonen hasta nuevo aviso. Esto no es un simulacro. Repetimos, regresen inmediatamente a sus casas y no las abandonen hasta nuevo aviso. Esto no es un simulacro”.

— ¿Qué está ocurriendo? ¿Qué clase de broma es esta? – dijo Steve.

Nadie contestó. Cualquier intento de respuesta fue interrumpido

por gritos que se escuchaban llegar desde lejos. El origen parecía provenir de las paradas de autobús que estaban a pocos metros.

- No sé lo que es esto, pero estoy seguro de que deberíamos marcharnos a casa. Está claro que algo está pasando – dijo Chris.
- Estoy de acuerdo. Pero mantengámonos en contacto toda la noche – dijo Peter. La última parte de su frase no fue escuchada por nadie; un terrorífico trueno la silenció.

Los jóvenes, asustados, asintieron sin decir nada y empezaron a caminar rápidamente hacia sus casas. La lluvia estaba dando una tregua, por lo que no era necesario correr.

Todos vivían alrededor de la W 120th St., excepto Anna y Vicky, que vivían en la W 120th St. Antes de separarse, Steve, sin soltar de la mano a Ava, dijo:

- Anna, Vicky, si preferís, podemos ir a mi casa y que mi padre os acerque a la vuestra; así no tendréis que andar solas.
- No te preocupes, Steve; solo son unos minutos más – respondió Anna.
- Bueno, quizás Steve tenga razón y es mejor que no vayamos solas. No puedo quitarme de la cabeza los gritos que escuchamos – añadió Vicky.
- Mejor veniros a casa de Steve; yo también voy hacia allí, y su padre puede llevaros cuando lleguemos, o el mío – dijo Ava.

De esa manera, los cuatro pusieron rumbo a casa de Steve, separándose el resto al entrar en la W 120th St.

La primera en llegar a su casa fue Alex. Ella vivía en el 375 123rd St., un bonito y moderno piso. Entró corriendo y llamó a sus padres.

- Mamá, papá, ¿estáis aquí? – Sus hermanos estaban haciendo actividades extraescolares; algo similar a un campamento de verano, pero en las instalaciones del colegio. No hubo ninguna respuesta. Insistió, entrando en todas las habitaciones – Mamá, Papá.

El piso estaba vacío. Un frío intenso se apoderó de su cuerpo. Sus

padres deberían haber vuelto hace horas. ¿Dónde estaban? Apagó el aire acondicionado. La temperatura en esos momentos era tremendamente baja. Sin pensarlo, y estando en pleno verano, encendió la calefacción. Intentó llamar al colegio donde estaban sus hermanos, pero el teléfono móvil seguía igual que unos minutos atrás; las llamadas no podían completarse.

En medio de todo ese nerviosismo y miedo, consiguió controlarse y pensó que lo mejor sería esperar ahí hasta que sus padres volvieran. Después, irían al colegio a buscar a sus hermanos. Mientras esperaba, tomaría algo caliente, quizás un chocolate, su bebida preferida en los fríos inviernos neoyorkinos.

Alex no lo sabía, pero no volvería a ver a su familia nunca más.

Solo una hora antes, los padres de la joven habían ido a recoger a sus hijos pequeños al colegio para llegar a casa pronto y darle una sorpresa a su hija mayor. Habían comprado un par de maletas nuevas para cuando Alex fuera a la universidad.

Sofía y Oliver Walker llegaron al colegio antes de las cinco y entraron animadamente, hablando con otros padres que se encontraron por el camino.

- He visto acercarse nubes negras por el norte; parecen de tormenta – dijo Sofía a una amiga con la que hablaba.
- Pero si estamos en junio, ¿cómo es posible?

Oliver llegó con los dos niños sujetos de la mano.

- Tus queridos hijos se habían escondido, y he tenido que buscarlos por todos sitios, al parecer, querían dormir aquí esta noche con otros chicos para contar historias de terror en el gimnasio – dijo Oliver, sonriendo.

Un terrible grito cortó todas las conversaciones de las familias que estaban en la entrada del colegio.

La profesora de química, seguida por varios niños, abrió la puerta principal gritando.

— ¡Corred, corred a los coches! ¡Hay una manada de lobos salvajes persiguiéndonos!

Aunque parecía una broma de mal gusto, no lo pensaron, Oliver cogió a los dos niños en brazos y, junto a su mujer, salieron corriendo hacia el coche. Pero en mitad del campo de baloncesto, una jauría de lobos los rodeó junto a otras familias. Oliver se quitó la camiseta y se la enrolló en el brazo; si alguno le atacaba, la ropa le protegería.

Las bestias se iban acercando poco a poco. Aunque tenían aspecto de lobos, no podía distinguirse si eran animales o humanos disfrazados. Solo tenían dos piernas, y en su cara, detrás de un hocico lleno de dientes y con unos colmillos amenazantes, se podían distinguir rasgos humanos. Los lobos hicieron un rápido movimiento y, antes de que alguna de las personas que estaban allí pudiera reaccionar, saltaron sobre ellos, tumbándolos en el suelo y separándolos de los más pequeños. No era un movimiento fortuito; era un ataque pensado. Querían que los adultos estuvieran alejados de los jóvenes.

— ¡Que nadie se mueva! – gritó desesperadamente Oliver.

Ese grito sería la última vez que sus cuerdas vocales hablaran. Velozmente, los lobos atacaron a los adultos con tal voracidad que los despedazaron en unos segundos. Los niños estaban abrazados, llorando sin moverse. Pero los animales no los atacaban, solo los miraban.

— Podéis marcharos. Salid a la calle y buscad a nuevos compañeros que se unan a la familia – dijo el Sr. Adam, el director del colegio, apareciendo por la puerta de entrada al gimnasio.

El Señor Adams llevaba siendo el director de ese colegio los últimos 15 años. Era conocido por ser demasiado permisivo con los alumnos del centro, a los cuales los trataba como si fueran sus hijos. Era un hombre alrededor de los 55 años, con buen carácter, pero ahora era una persona diferente. Seguía teniendo una dulce sonrisa, pero iba acompañada de una feroz mirada. Su boca estaba manchada de sangre, al igual que su camisa.

Los animales obedecieron de inmediato y, dando media vuelta,

salieron corriendo hacia la calle. Él se acercó a los niños y les dijo cálidamente.

- Venid conmigo; los animalitos ya se han ido. No tengáis miedo, volvamos al gimnasio.
- Pero, director... – intentó decir Andy sin poder terminar la frase; el Sr. Adams le tapó amablemente la boca con su mano.
- Vamos al gimnasio; ¿no querréis que los lobos vuelvan? Y no miréis atrás – dijo el Sr. Adams.

Los chicos seguían temblando de miedo por lo que acababan de presenciar, y la sola idea de que los perros malos volvieran les helaba la sangre. Empezaron a andar sin mirar hacia los cuerpos destrozados que se diseminaban por el campo de baloncesto; los que unos minutos antes fueron sus padres, ahora solo eran un amasijo de carne y huesos esparcidos por todos lados.

Chris fue el siguiente en llegar a casa. Él vivía en el 344 W 121st Street, en un precioso y amplio apartamento de lujo.

Al igual que Alex, llamó a sus padres al entrar en casa, tiritando por el intenso frío que invadía las calles.

- ¿Mamá, papá?

Su madre salió a la entrada gritando:

- Chris, Chris, ¿estás bien?
- Sí, mamá, solo que hace mucho frío en la calle. ¿Dónde está Papá?
- Ha ido al garaje para revisar si el coche está entero y subir linternas y pilas por si falla la electricidad. Creo que también iba a pasar por la casa de Richard para asegurarse de que el generador tiene combustible y funciona correctamente. Pero ven, tienes que cenar algo caliente; vienes empapado.

Chris respiró aliviado al ver a su madre y saber que su padre estaba bien.

Henry y Helen eran dos personas que se desvivían por ayudar al prójimo. Helen había heredado la fábrica de pinturas de su padre,

quien a su vez la había heredado de su padre también, y así se remontaba a varias generaciones. Había conocido a Henry al terminar la universidad, y rápidamente se casaron. Henry era abogado. Sus primeros años profesionales los pasó trabajando en algunas de las mejores empresas del país, pero Helen le insistió para que trabajara como abogado principal de su empresa. Al principio, Henry no quería aceptar porque pensaba que esto podría acarrear problemas en el matrimonio, pero finalmente accedió a cambio de no cobrar un sueldo y tener una participación en la fábrica; algo a lo que Helen accedió sin pensarlo demasiado.

Con los años, fundaron algunas organizaciones benéficas y ayudaron a mucha gente con problemas. Todos sus allegados pensaban que eran unas excelentes personas.

Henry, al terminar de comprobar que los coches estaban sin problemas; él quería asegurarse de esto en caso de ser necesario escapar de la ciudad, había ido a ver a Richard, el conserje del edificio y encargado del mantenimiento de este. Al llegar a su apartamento, encontró la puerta abierta y lo llamó sin entrar.

— ¿Richard, estás aquí?

El portero no respondió, pero Henry escuchó algunos ruidos que venían de dentro de la vivienda.

— ¿Richard? – repitió, entrando.

No había nadie en la entrada. Accedió a la cocina, que era la primera puerta a la derecha del pasillo. Estaba vacía. Prestó más atención al origen de los ruidos y comprobó que venían del fondo de la casa, donde se encontraban los dormitorios. Anduvo rápidamente hacia allí, volviendo a llamar al conserje.

— Richard, soy Henry; quería preguntarte por el generador.

Al llegar al fondo, entró en uno de los dormitorios, el cual estaba totalmente a oscuras. Las persianas estaban bajadas y no se veía nada, excepto dos puntos brillantes, semejantes a unos ojos.

Henry palpó con su mano sobre la pared para alcanzar el interruptor de la luz. Estaba temblando. Esos dos puntos brillantes seguían fijos en él, pero cada vez más cerca. Al pulsar sobre el botón y hacerse la luz, pudo descubrir delante suyo a una de esas bestias que había visto en la calle por la ventana. Era una mezcla de perro o lobo y hombre. Lo más extraño es que, aunque la vestimenta estaba hecha jirones sobre su cuerpo, ese animal llevaba la misma ropa del guarda. Enseguida lo entendió. Lo que había delante era Richard, o lo que quedaba de él.

- Escúchame, Richard. Nos conocemos desde hace más de veinte años, y sé que todavía estás ahí. Voy a retroceder lentamente y me iré. Detrás de mí cerraré la puerta de tu casa y así estarás tranquilo. No te preocupes, no le diré a nadie que estás aquí.

Henry retrocedió pausadamente hacia atrás sin dejar de mirar a Richard. Este no se movió. Henry siguió retrocediendo, lentamente. El pasillo que le llevaba hasta la puerta tenía menos de cinco metros, pero a él le parecían cinco kilómetros. Poco a poco estaba llegando. El conserje se había adelantado dos pasos, pero seguía aparentemente tranquilo. Henry salió del apartamento y cerró la puerta tras él. Parecía increíble, pero había conseguido salir vivo.

Ahora sí era momento de correr. No pudo reprimir más su instinto y, brincando como perseguido por el diablo, empezó a subir los escalones de dos en dos cuando escuchó un estruendo detrás de él. Se detuvo en seco y dio la vuelta para ver la puerta del apartamento de Richard en el suelo. ¿Qué había ocurrido? Cuando lo entendió, fue demasiado tarde. El lobo estaba saltando desde el inicio de las escaleras y lo derribó sobre los escalones. Tuvo tiempo de ver la frialdad en los ojos de la bestia antes de que sus afilados colmillos se hundieran en su cuello, matándolo de inmediato.

El último pensamiento no fue para su familia. Solo pensó en que Richard había tenido compasión de él y lo había matado de un solo mordisco, sin hacerle sufrir. Después de esto, las ideas se le hicieron borrosas y desaparecieron por completo. Si hubiera sabido la verdad, no habría tenido un sentimiento tan bondadoso hacia el conserje.

Movámonos solo unos cientos de metros desde ahí para alcanzar a Steve, Ava, Vicky y Anna. Steve vivía en el 274 W 113th, y Anna en el

2090 Frederick Douglass Blvd.

El joven abrió la puerta y encontró a su madre sentada en una de las sillas de la entrada. Su cara estaba completamente pálida, pero en sus ojos se podían ver lágrimas caer sin control.

- ¿Qué ocurre, mamá? ¿Dónde está papá?
- Papá no va a venir... - pero Stela, su madre, no pudo continuar con la frase; un llanto frenético le impedía hablar más.
- ¿Cómo que papá no va a venir? ¿Dónde está? Yo puedo ir en el coche a recogerlo.

Su madre se levantó, lo abrazó y le dijo sin dejar de llorar.

- Cuando todo esto ha comenzado, estábamos volviendo a casa después de haber comprado algo de comida...

Stela y Ben estaban en una pequeña tienda cercana a su casa cuando les sorprendió la “tormenta”.

- Stela, cariño, creo que debemos ir a casa rápido antes de que el clima empeore. Esto es muy extraño. Nunca había visto algo así en toda mi vida en Nueva York – dijo Ben.
- Tiene razón, señor Taylor. Esto es algo increíble. Recuerdo tormentas horribles en verano, granizadas que rompían los cristales de los coches e incluso he visto caer rayos que han partido árboles, pero esto es totalmente nuevo – dijo Tao, el dueño de la tienda.

Stela y Ben salieron aceleradamente de la tienda camino a casa. Solo habían andado un par de calles cuando, de repente, vieron una turba de personas correr hacia ellos. Parecía que huían de algo. Los dos se apartaron rápidamente, resguardándose contra la puerta de entrada a un edificio.

- ¿Qué les pasará que corren así? No veo a nadie detrás de ellos – dijo Stela.
- Sigamos; esta situación no me está gustando, algo pasa – respondió Ben.

Siguieron andando a paso acelerado. Doblaron la esquina hacia la

izquierda y respiraron aliviados al ver el portal de su casa a unos escasos 100 metros. En ese momento, una especie de animal saltó sobre Ben. Era grande y parecía un lobo, pero con solo dos piernas. A pesar de que Ben pasaba ya de los 60 años, era una persona fuerte y rápida, así que tuvo tiempo de empujar a Stela para alejarla del peligro y agacharse para esquivar al animal.

— ¡Corre! ¡Corre! – gritó Ben.

El animal rodó por el suelo, pero se rehizo y miró fijamente a Ben. Volvió la cabeza hacia Stela, buscando una presa adicional.

Era difícil describir a ese animal. La mejor manera de detallarlo era recordar las películas de hombres lobo, porque parecía sacado de ellas. Tenía dos piernas y dos brazos. Su hocico era grande, pero los rasgos de su cara parecían humanos. Los colmillos asomaban por su boca, en la cual se podía distinguir un hilo de baba, igual que tienen los animales salvajes antes de atacar y devorar a sus presas.

El animal dudó un momento antes de abalanzarse. Stela era la elegida. Pero Ben aprovechó ese instante de duda para lanzar una piedra de gran tamaño al animal mientras le gritaba:

— Eh, amigo, ¿no te atreves conmigo?

Aquel ser dio la vuelta de inmediato, más enfadado que antes. Al parecer había sentido el impacto del pedrusco, algo que no le gustó. Sus ojos se clavaron en los de Ben, que pudo ver la muerte dibujada en ellos. Él miró hacia Stela y movió su cabeza hacia los lados con una sonrisa; era una seña para decirle “no hables”. Sin pensarlo dos veces, Ben se lanzó contra el animal gritando: “¡Corre, corre!”. Stela aceleró tan rápido como pudo sin mirar atrás, pero sí escuchó un corto grito de Ben. El portal de su edificio estaba abierto, entró rápidamente y miró una última vez a través de los cristales del portón para ver a ese lobo sobre Ben, y un charco de sangre alrededor de ambos. Cerró la puerta llorando y fue a casa.

— ¿Pero qué historia me estás contando, mamá? ¿Tú estás escuchando lo que dices? Yo he pasado por la calle y está vacía, papá no está ahí. Ni tu hombre lobo tampoco – dijo Steve, estupefacto por la historia que acababa de escuchar.

Su madre no respondió y se desvaneció. Ava tuvo tiempo de sujetar a Stela antes de que cayera y la llevó hasta el sofá con la ayuda de Steve.

- A mí me parece una historia de película de terror, pero esto me ha hecho recordar los gritos que escuchamos en el parque – dijo Anna.
- No digas tonterías, Anna. ¿Ahora crees en hombres lobo?
- Bueno, no vamos a ponernos a discutir por esto. Anna y yo nos vamos, queremos llegar a casa rápido. Lo siento, Steve, y no te preocupes ahora por nosotras. Cuida a tu madre – dijo Vicky.
- Esperad; vamos a mi casa. Mi padre os puede llevar – dijo Ava.
- Me gustaría acompañarte, pero no puedo dejar a mi madre así – intervino Steve.
- No te preocupes. Estoy a un minuto de mi casa. Después de hablar con mis padres, te enviaré un mensaje.

Las tres amigas salieron de la casa dejando a Steve sentado junto a su madre, que estaba empezando a recobrar el conocimiento.

Cuando llegaron a la calle, Anna no pudo dejar de mirar hacia los dos lados de la avenida, aunque realmente estaba mirando el suelo buscando el cuerpo de Ben. No había nada, excepto un gran charco de algo oscuro en el suelo. Su cuerpo tembló de miedo ante eso, ¿sería sangre lo que estaba viendo y Stela había contado la verdad y no una alucinación?

- Vamos rápido. No se ve a nadie – dijo Vicky.
- ¿No sentís algo raro en el ambiente? – dijo Anna.
- Quizás es la electricidad y humedad que ha dejado la tormenta – respondió Ava.
- No, es el silencio. Es la primera vez que Nueva York no habla. No se escucha ni un solo ruido – dijo Vicky.

El apartamento de Ava estaba como ella había mencionado, a solo un minuto de allí. Aunque esos sesenta segundos parecieron eternos.

La llave de Ava funcionaba bien, pero la puerta no se abría; algo la estaba sujetando desde dentro.

- ¿Quién está ahí? ¿Ava? – dijo Mark, su padre.
- Sí, soy yo. ¿Por qué no se abre la puerta? – respondió ella.

La entrada se abrió. Detrás de ella estaba Mark con un bate de béisbol y Karen, madre su madre, con un gran cuchillo de cocina.

- ¿Qué hacéis con eso? – preguntó Ava, extrañada.
- Defendernos. Están pasando cosas increíbles en la calle y muy peligrosas. ¿No habéis visto nada? – preguntó Karen.
- No, solo la lluvia y la tormenta – respondió Ava.
- Me alegro de que todos estén bien aquí, señor Green. Anna, nosotras nos tenemos que ir; cuanto más tarde sea, puede ser más peligroso salir y queremos llegar a casa pronto – dijo Anna.
- ¿Qué quieres decir con que todos estemos bien aquí? ¿En dónde o quién no está bien? – preguntó Mark.
- Es el padre de Steve, pero luego te cuento. Papá, ¿podrías llevar a Anna y Vicky en el coche a su casa, por favor? – preguntó Ava.

El matrimonio se miró. Conocían a las hermanas Wilson desde pequeñas, y a sus padres también; alguna vez habían coincidido en las fiestas escolares años atrás. Pero esta vez, el hecho de tener que salir a la calle no les gustaba nada.

- ¿No preferís pasar aquí la noche y mañana, con luz, ir a casa? Seguro que vuestros padres están bien y prefieren que no os arriesguéis a salir ahora – dijo la señora Green.
- Gracias, Karen, pero preferimos ir lo antes posible. No hay problema; no estamos demasiado lejos, llegaremos pronto – respondió Anna.
- Papá – dijo Ava.
- Está bien, vamos, chicas. Iremos en el coche, así que no creo que haya ningún peligro – dijo Mark.
- Espera, mejor vamos todos juntos. Yo no me voy a quedar aquí sola con Ava – intervino Karen.

El grupo salió y tomó el ascensor para llegar al garaje. La puerta del elevador se abrió en el sótano -3, pero nadie se atrevía a dar el primer paso para salir. Finalmente, Anna fue la primera. Nada pasó. Rápidamente llegaron al coche de Mark. Al subir y cerrar las puertas, se escuchó un suspiro de alivio.

La entrada del garaje se abrió, y Mark condujo despacio hasta alcanzar la avenida, completamente desierta. El coche avanzó lentamente las pocas calles que les separan del piso de las dos

hermanas. Ellas vivían en el 253 W 122nd St. Solo unos minutos después estaban aparcados frente al portal. Dejaron el coche rápidamente y entraron en el vestíbulo. La familia Green las estaba acompañando hasta su casa. Subieron las escaleras lo más deprisa que pudieron, y Anna abrió la puerta.

- Papá, mamá – dijeron las dos chicas a la vez, pero no obtuvieron respuesta – Papá, mamá – insistieron, esta vez casi gritando.
- ¿Qué es eso que hay en el suelo? – preguntó Karen.

En la entrada de una de las habitaciones que había en el pasillo, vieron un líquido espeso, rojizo.

Vicky corrió hacia esa habitación; era la de sus padres. La puerta estaba cerrada y no la podía abrir; parecía atrancada con llave desde dentro.

- Mamá, papá ¿estáis ahí? – dijo Vicky.
- Sí, cariño, pero es mejor que te vayas – respondió su madre.
- ¿Por qué? Por favor, mamá, abre la puerta.
- No. Algo ha pasado, y no debes entrar. Vete rápido; no sé cuánto tiempo resistiremos antes de atacarte.
- ¿Atacarnos? – intervino Anna.

Karen cogió del brazo a Ava y a Ben y les susurró.

- Creo que debemos irnos cuanto antes y llevarnos con nosotros a las chicas.
- ¡Marchaos! – espetó el padre de Vicky y Anna. Pero su grito entremezclaba la voz de su progenitor con una especie de gruñido.

Todos retrocedieron. ¿Qué les pasaba a los señores Wilson?

Solo unas horas antes de esta escena, Virginia y James estaban volviendo a su casa en el coche después de haber ido a visitar a un asesor financiero para estudiar cómo podrían ayudar a Vicky en sus estudios universitarios. La beca que ella tenía cubría casi todo, pero aun así habría que financiar el coste de vida diaria de su hija fuera de casa.

La tormenta estaba desapareciendo poco a poco cuando, detenidos en un semáforo, James bajó el cristal de la ventanilla y sacó el brazo para comprobar cómo estaba el clima.

— Parece que lo peor ya ha pasado – dijo James.

En el mismo instante que terminaba la frase, un animal saltó rápidamente y lo atacó, mordiendo su extremidad. Parecía un perro salvaje. James aceleró para mover el coche, haciendo que el perro soltara su brazo.

— ¿Qué ha sido eso? – preguntó, gritando, Virginia.

— Me ha atacado un maldito perro. Dios mío, me duele mucho.

— Para; yo conduciré al hospital para que te vean la herida. Podría estar infectada o el perro tener la rabia.

A pesar de ser hora punta, la avenida estaba casi desierta. No se veía ninguna persona andando y solo unos pocos coches estaban circulando.

James detuvo el coche delante de la lavandería donde solían llevar ropa demasiado pesada para su pequeña lavadora. Salieron del coche y, antes de que se dieran cuenta, el “perro salvaje” que había atacado a James estaba detrás de ellos, saltando sobre Virginia y hundiéndole sus colmillos en el hombro. Su marido se arrancó la camisa y la envolvió en la cabeza del animal. En ese momento, se dio cuenta de que no era un simple perro rabioso; solo tenía dos piernas. El perro soltó a Virginia y, con un rápido movimiento, se deshizo de la camisa de James. Su cara se vio claramente, así como la intensa mirada posada en James. Definitivamente no era un perro; más parecía un lobo, pero su rostro se asemejaba mucho al de una persona, no al de un animal. La bestia dio la vuelta y, extrañamente, salió corriendo sin volver a atacarlos.

James se acercó a su mujer, que estaba arrodillada en la calle con la camiseta empapada en sangre.

— ¿Estas bien, cariño? – preguntó James.

— Me duele mucho y no me siento el brazo – respondió Virginia.

- Yo conduciré, no te preocupes; seguro que no es nada. Vamos al hospital – James apenas podía mantener el brazo levantado, pero, fuera como fuera, la llevaría.

Sin embargo, un ruido en sus teléfonos móviles distrajo su atención. Los dos aparatos sonaron a la vez. James leyó lo que ocurría. Habían recibido el mismo mensaje que los jóvenes sobre la Alerta Nacional.

- Vamos a casa, y llamemos al Dr. William. Él puede venir al apartamento a revisarnos – dijo Virginia, levantándose. El Doctor Oliver William era el médico de la familia desde hacía muchos años y, además, vivía muy cerca de ellos

Cuando llegaron a casa, solo 10 minutos después, empezaron a sentir algo raro en su cuerpo. Las heridas habían dejado de sangrar y, extrañamente, estaban comenzando a cicatrizar. Pero había algo más. Sus sentidos se habían agudizado como nunca; podían escuchar más claro y a más distancia de lo normal, y su olfato detectaba todos los olores a su alrededor. Pero lo más extraño era la sensación de ira que los inundaba. Podría ser por el ataque recibido, pero no era una sensación común, ni en sus peores enfados.

Dejaron el coche aparcado en el garaje y subieron al ascensor. En el siguiente nivel del sótano, otro residente entró también, muy agitado, limpiándose las gotas de sudor de la frente.

- Lo siento, vengo corriendo desde mi coche. Unos perros extraños rodearon mi auto en la entrada del aparcamiento como si quisieran atacarme, así que vine apresuradamente después de aparcar. No estoy seguro de si me siguieron dentro del edificio. ¿Vosotros estáis bien? Tenéis sangre por todos lados – dijo Noah, el vecino del cuarto piso.

Virginia no podía dejar de mirar el cuello de Noah y pensar en lo impertinente que era ese personaje, contándoles su aventura sin que ellos se lo hubieran preguntado. Ella tenía ganas de saltar sobre él y arrancarle la maldita lengua.

James escuchaba las palpitations del corazón del vecino, así como olía su asqueroso y nauseabundo sudor. Lo mejor sería despedazarlo

para acabar con esa tortura.

Todos estos pensamientos fueron rápidos como un rayo. Y antes de llegar al vestíbulo del edificio, última parada del ascensor, el matrimonio Wilson saltó sobre su acompañante, mordiendo su cuello y brazos. En menos de un minuto lo habían destrozado. En ese momento, la puerta del ascensor se abrió. Los dos volvieron la vista hacia el rellano de entrada al bloque, esperando que alguien más estuviera allí para poder despedazarlo también. Pero no había nadie. Se miraron y lo que vieron no les gustó nada. No eran ellos, o por lo menos esas no eran sus caras. En su lugar, solo vieron un hocico de animal, rojo por la sangre de Noah, y unos colmillos que sobresalían puntiagudos y amenazantes. Acababan de darse cuenta de lo que había pasado.

Subieron las escaleras corriendo mientras vomitaban y sentían cómo sus rostros estaban volviendo a su normalidad.

- Por favor, Anna, Vicky, marchaos. No queremos haceros daño, pero no podremos controlarnos por mucho tiempo – dijo Virginia.
- Señor Wilson, soy Mark, el padre de Ava. Hemos traído a sus hijas a casa para evitar que vinieran andando y les pudiera pasar algo. Si está usted de acuerdo, nos podemos llevar a las chicas a nuestra casa y, cuando mañana haya pasado todo esto, hablar para ver si desean que las traiga de vuelta.
- Sí, por favor; Mark, llévate a las niñas de aquí. Mañana habrá pasado todo, pero ahora no es seguro para ellas – dijo James, ahora con su voz habitual.
- Vamos, chicas, mañana volveremos – dijo Mark a las dos hermanas.
- Yo no me voy a ir a ningún sitio. Mamá, abre la puerta ahora mismo – dijo Vicky.
- No; ¡marcharos de una vez! – en esta ocasión, no se sabía quién había gritado. La voz que lo hizo no era humana.

Un gruñido de rabia salió de la habitación cerrada. Unos fuertes ruidos llegaron desde dentro. Fuera lo que fuera, estaba destrozando la habitación.

Karen sujetó fuertemente a Vicky y Anna, alejándolas de la entrada

de la habitación. Ava saltó al lado de su padre y lo agarró del brazo con mucha fuerza.

Vicky iba a hablar, pero Anna le tapó la boca, susurrándole al oído:

- No digas nada. Algo le pasa a papá y mamá, es mejor que les hagamos caso y nos vayamos; mañana podemos volver.
- Pero... – intentó responder Vicky. No terminó la frase ante el fuerte golpe que sacudió la puerta de la habitación de sus padres.

Todos retrocedieron. De nuevo, otro golpe contra la puerta; esta vez las bisagras empezaron a ceder. Un aullido seguido de arañazos en las paredes de la habitación les hizo correr, saliendo del piso sin mirar atrás. Incluso sus hijas, presas del miedo, corrieron también. En pocos minutos, estaban todos dentro del coche, volviendo a casa de Ava.

- No os preocupéis. Ya veréis cómo mañana todo estará mejor y vuestros padres serán los de siempre – dijo Karen a Anna y Vicky, que no dejaban de llorar, abrazadas por Ava.

Ahora vamos a visitar a nuestro amigo Peter.

El joven había llegado a su casa casi a la vez que el resto del grupo; él vivía a solo unos minutos de Riverside Park, en el 367 W 120th St.

- May, John, ¿estáis aquí? – preguntó al entrar.

John salió de su habitación con un rifle de caza que tenía guardado y le espetó a Peter.

- Alto ahí. Deja que te mire.

John buscaba manchas de sangre en la ropa del muchacho. Cuando comprobó que no había, miró directo a la cara de Peter. De igual modo quería saber si los ojos del chico mantenían una mirada racional o la furia se reflejaba en ellos. Todo estaba bien.

- May, puedes salir; Peter parece que está bien. Lo siento, pero tenía que asegurarme de que no eras una de esas cosas que andan sueltas.

- Estoy bien. ¿Por qué me preguntas eso? ¿Qué me podría haber pasado aparte de empaparme con la lluvia? ¿De qué cosas sueltas hablas? – preguntó Peter, extrañado.
- ¿No las has visto? – dijo May. – Ve a cambiarte de ropa, estás chorreando. Voy a prepararte una bebida caliente y después te lo contaremos.

Peter no dejó que se lo repitieran y se cambió de ropa inmediatamente. Como había dicho May, estaba totalmente mojado.

Ya sentado a la mesa junto a ellos, esta empezó a hablar.

- Es raro que no te hayas encontrado con ninguna de esas bestias salvajes. John y yo no hemos salido hoy; curiosamente, los dos teníamos el día libre. Solo unos 15 minutos después de que empezara la tormenta, estábamos mirando por la ventana del balcón cuando empezamos a escuchar gritos. Pensábamos que era por el granizo cuando vimos a gente correr por la calle y detrás de ellos apareció una manada de lobos o perros; no estoy segura. En unos pocos segundos alcanzaron a la gente y mordieron a algunas de las personas; a otras las despedazaron.
- ¿No habrá sido una manada de animales salvajes que se hubieran escapado del zoológico o de algún circo cercano?
- Lo que ocurrió después fue espeluznante – interrumpió John, tomando un sorbo del whisky que degustaba.
- No podíamos creer lo que estábamos viendo. Solo unos minutos después de haber sido mordidos, esas personas empezaron a gritar; algunos se revolcaban por el suelo a la misma vez, otros vomitaban, y de repente ¡empezaron a transformarse en los mismos animales que los habían mordidos!
- ¿Vosotros os escucháis? ¿Me estáis diciendo que las personas se estaban convirtiendo en hombres lobo? – estalló Peter, levantándose.
- Ven a la ventana. Si te fijas, puedes verlos de vez en cuando asomar en las esquinas esperando que alguien más pase. – dijo John.

Peter se asomó a la ventana sin decir nada, pero estaba totalmente convencido de que la tormenta había afectado a sus padres de acogida. Quizás el magnetismo que había en el ambiente, o simplemente los granizos habían golpeado sus cabezas, volviéndolos locos. ¡Hombres

lobo!

No hizo falta esperar demasiado, y no fue necesario que algún monstruo imaginario asomara por una esquina. En el bloque de pisos del otro lado de la calle, casi todas las ventanas estaban sin luz, pero de una de ellas que estaba iluminada empezaron a salir gritos. John utilizó la mira láser de su rifle para ver qué pasaba.

- Coge el fusil y mira a la cristalera de la esquina del tercer piso, en el edificio de enfrente. – dijo John.

Peter hizo lo que le decía y miró atentamente. No daba crédito a lo que estaba viendo; era como sacado de una película de terror. Conocía a la mujer que estaba observando; se habían cruzado varias veces en la calle. La mujer se había arrancado el vestido mientras gritaba o rugía; no estaba seguro de cuál de los dos sonidos estaba escuchando. A la pobre señora le empezó a crecer la boca, convirtiéndose en un hocico del cual asomaban dos amenazantes y afilados colmillos. Las orejas estaban volviéndose puntiagudas y de los ojos caían lágrimas. La transformación terminó en menos de un minuto. No era posible. Estaba soñando. En ese momento, la que un día fue su vecina se volvió y miró fijamente hacia la ventana desde la cual Peter había observado la escena. Él saltó hacia atrás y dejó el rifle en el suelo, pero estaba seguro de que ella lo había visto observarla. John pudo ver al lobo romper la ventana, caer al suelo y lanzarse contra la puerta de su edificio. Afortunadamente, esta era de un cristal resistente, por lo que el lobo salió despedido hacia atrás, lanzando un alarido de dolor. Tras eso, corrió hacia el final de la calle y desapareció entre los coches aparcados.

- ¿Nos crees ahora? – dijo May.
- Dios mío, ¿qué está pasando? ¿Cómo es posible lo que acabo de ver? No tiene sentido – algo distrajo su atención en ese momento.

Durante todo ese tiempo, la televisión había estado encendida, pero sin sonido, ya que no había emisiones. De repente, el Presidente de Estados Unidos apareció sentado en el sillón presidencial, rodeado del Secretario de Estado y el de Defensa. Peter subió el volumen.

“Queridos amigos, no tengo mucho tiempo, pero es necesario

que os hable, aunque sea lo último que haga. Hoy, la Nación Americana está pasando el suceso más triste de su historia, y mucho me temo que este episodio está extendiéndose por todo el mundo.

Seré breve y sincero. Esta mañana supimos que había un problema en la estación espacial China, Ming. El fallo en uno de sus reactores hizo que las inteligencias artificiales que la controlan pusieran en marcha el protocolo de apagado, el cual no funcionó y desencadenó el disparo de un haz de protones hacia la atmósfera. Esto afectó el clima a nivel mundial, llegando a causar varios terremotos de fuerte intensidad en el subsuelo. Aunque no los hemos sentido, algunos laboratorios subterráneos de todo el país han tenido problemas en la cadena de custodia de ciertos especímenes en los cuales se experimentaban las curas contra el cáncer y los potentes virus con los cuales convivimos actualmente.”

El Presidente interrumpió su discurso por el sonido de disparos en el exterior. El Secretario de Estado le dijo algo al oído, pero el presidente negó con la cabeza.

“La Casa Blanca está siendo atacada por las mismas criaturas que habéis sufrido hoy, pero no me iré sin terminar – dijo, mirando a su alrededor. – Los fallos de seguridad en los laboratorios han hecho que algunos sujetos de estudio infectados con diversidad de virus escaparan. Estas bestias no se parecen a nada que hayáis visto antes; son mutaciones sin control. Una parte de ellos es humana, o lo fue, pero el virus que las ha transformado las controla por completo, convirtiéndolas en alimañas hambrientas y sedientas de sangre. Todos ellos se habían ofrecido voluntarios para los experimentos – los disparos se escuchaban cada vez más cerca del Presidente –. No sé cuánto tiempo durará esta situación. El ejército y la Guardia Nacional están saliendo a las calles para intentar contener y controlar a las bestias.

Solo tengo que deciros, escondeos donde podáis y no salgáis a las calles. Si disponéis de armas, tenedlas con vosotros en todo momento. No os enfrentéis a esos animales, solo ocultaos. Nuestros soldad...”

La frase no pudo ser terminada. La puerta del despacho oval se abrió y entraron algunos de los hombres del servicio secreto que protegían al Presidente gritando:

- Señor, hay que huir por la salida del jardín. Los hombres que quedan están intentando contener a los lobos en el pasillo. Hay que darse prisa; no aguantarán mucho – los micrófonos estaban abiertos y todo se estaba escuchando.

El Presidente se levantó rápidamente. Él y sus Secretarios salieron corriendo al jardín y avanzaron velozmente hacia el helicóptero que los esperaba a unos 200 metros.

Los hombres del servicio secreto se quedaron en la ventana del despacho que daba al jardín y empezaron a disparar sin pausa. Unos segundos después ellos también habían caído, y los lobos corrían hacia el Presidente, que tuvo tiempo de alcanzar el aparato junto a sus colegas. La aeronave empezó a elevarse cuando los lobos lo alcanzaron y saltaron, colándose por la puerta abierta del piloto. El helicóptero empezó a dar vueltas sobre sí mismo hasta que cayó al suelo, explotando en ese mismo instante. El Presidente de Estados Unidos había muerto.

Peter y su familia se levantaron sin poder dejar de mirar a la televisión. ¿Sería todo esto solo una ficción y ahora lo reconocerían? Pero no lo era; estaba pasando de verdad. El Presidente estaba muerto, y las ciudades llenas de hombres lobo. Ni el mejor guion de una película superaría esta realidad.

Nuestros amigos, todos y cada uno de ellos, estaban exhaustos, y ni siquiera el terror y la angustia que sentían impidió que cayeran en sus camas y se durmieran a los pocos minutos, mientras intentaban imaginar cómo sería el día siguiente. ¿Habría sido todo fruto de una pesadilla colectiva? ¿Despertarían para darse cuenta de que solo fue un sueño?

Email: jlopez@thehopesaga.com

Instagram: [@theho_pesaga](https://www.instagram.com/theho_pesaga)

TikTok: [@the.hope.saga](https://www.tiktok.com/@the.hope.saga)